

Alfonso Pérez Romo: aficionado, pintor y filósofo del toreo

Jesús Antonio de la Torre Rangel

El 3 de diciembre de 1999 tuve el gusto de presentar el libro *Testimonio de unos días*, que recoge varios artículos del Doctor Alfonso Pérez Romo. Lo dije entonces y reitero ahora: es un libro filosófico, no porque se refiera a temas específicos de filosofía, sino porque cada tema que toca lo hace haciendo filosofía; buscando, como decían los clásicos, las causas últimas o primeros principios de aquello a que se está refiriendo. Quiero decir que *Testimonio de unos días* es un libro filosófico porque contiene reflexiones profundas sobre el ser humano. No exagero si digo que en cada artículo, Pérez Romo deja ver su sensibilidad, del que busca lo bueno y lo bello; una sensibilidad profundamente humana que le permite en cada recuerdo, opinión, evocación o narración,

decir siempre algo sobre el bien del ser humano y sobre lo bello de la obra, producto de la creación divina y de la creación humana. *Testimonio de unos días* es la visión del transcurrir del tiempo y los acontecimientos vividos de un testigo singular que utiliza la óptica de la ética y de la estética.

El capítulo nueve lo dedica a la Fiesta de los Toros, tema que aborda también filosóficamente, en el sentido que he expresado: desde la ética y la estética. A manera de introducción, como lo trata Pérez Romo, quiero citar a otro autor, que dice:

Quienes quisiéramos que la fiesta conservara aquel esplendor en donde brillaba [...] la bravura, indudablemente que tenemos razón. Quienes han aceptado estas modificaciones, restando la trágica belleza en que se hacía consistir su mayor mérito, para convertirla en otra fiesta, de mayor plasticidad, de mejores maneras si se quiere, pero al fin y al cabo en fiesta diferente, degenerada en su principio y seguramente también en su finalidad, considerándola por ello con mayor belleza y arte, también tienen razón puesto que es lo único que en este ambiente han conocido. [...] ¿Que hoy se torea mejor que antes? Se toreará más bonito, habrá en las actitudes de los lidiadores mayor refinamiento; pero de esto a que se toree mejor hay mucha diferencia.¹

El anterior texto corresponde a un artículo de Luis de la Torre Aguilar, que, con el seudónimo “El-hombre-que-no-cree-en-nada”, publicó en la revista *La Lidia*, en su entrega del 3 de noviembre de 1944, y está dedicado a su “querido amigo” Alfonso Pérez Romo, “artista y futuro galeno”, y que tituló “Todos tenemos razón”. El autor, originario de Aguascalientes, fue un severo crítico taurino añorante de la Fiesta antigua, más pura y auténtica, dicen quienes la vieron. En su texto,

1 El-hombre-que-no-cree-en-nada, “Todos tenemos razón”. En *La Lidia* (Periódico Gráfico Taurino, México), 3 de noviembre de 1944.

analiza, para sus lectores y para el entonces joven aficionado Pérez Romo, las diferencias entre las corridas de toros antiguas y las nuevas. El escrito de Luis de la Torre me parece magistral en cuanto a su propósito de enseñar a ver toros; es, por otro lado, un artículo apasionado. Por cierto, en ese mismo artículo, De la Torre se refiere al joven Pérez Romo como pintor taurino, por eso en la dedicatoria le llama “artista”.

Don Alfonso, podemos decir, le correspondió el brindis a don Luis –es decir, la dedicatoria de aquel viejo artículo–. En 2013, Xavier González Fisher y yo publicamos un libro recopilando artículos de Luis de la Torre² y le pedimos al Doctor Pérez Romo que escribiera un texto para incorporar al libro, lo cual generosamente hizo, reconociendo el magisterio taurino del escritor aguascalentense. Escribió:

Yo, que desde muy joven tuve una pasión por la fiesta taurina, encontré en D. Luis el tesoro de asesoría, conocimiento y comprensión del arte de torear, que nos hacían falta a los jóvenes para poder entender y disfrutar las complejidades de esta antigua y fascinante expresión cultural. A D. Luis le gustaba lidiar con las insensateces de nuestra inmadura afición, y su paciencia para ir desbrozando nuestra ignorancia, no tenía límites. Hablando de toros, él fue nuestro indiscutible mentor.³

De igual modo, los artículos taurinos de Pérez Romo que forman parte de *Testimonio de unos días* son piezas maestras para enseñarnos a juzgar la Fiesta, para saber verla y entenderla. Son textos llenos de pasión, pero no por ello faltos de

2 Xavier González Fisher y Jesús Antonio de la Torre Rangel (comps.), *El hombre que no cree en nada. Un siglo de Toros. Antología*. Aguascalientes, Ed. Centro de Estudios Jurídicos y Sociales Mispát (CENEJUS), 2013.

3 Su texto se titula “Recordando a D. Luis de la Torre, *El hombre que no cree en nada*”, en *ibidem*, p. 199.

equilibrio. El artículo titulado “Reflexiones después de San Isidro 88” es un estupendo análisis de la esencia y el quehacer de la Fiesta taurina. Afirma que la afición mexicana tiende a ser “torerista” y la española “torista”, acotando así:

Y no es que en España no guste o no se aprecie el arte despacioso y sensual del toreo ni de que en México no se aprecien debidamente las cualidades y características del toro de lidia.

Se trata de los mismos valores sólo que colocados en orden diferente en la escala del aficionado; en un lado se da primacía al toro-toro y de allí se parte a la degustación de lo estético cuando es posible; y el otro se parte de lo estético como valor principal dejando como deseable, pero no indispensable la presencia del toro de verdad.⁴

Certero y equilibrado juicio de Pérez Romo sobre la esencia de toros aquí y en España. Se relaciona con lo que algunas veces me he atrevido a decir, en el sentido de que *el arte de los toros es utópico y a veces se paladea la utopía*. Siempre está pensando uno en la faena ideal, aquella hecha con delicadeza exquisita a un bravo toro-toro; y algunas veces es real, con esa realidad fugaz de lo taurino. En el libro referido, toca Pérez Romo los más variados temas de toros. Se refiere al ocaso de las cuadrillas; hace elogio de toreros, sobre todo de Rafael Rodríguez “el Volcán de Aguascalientes”, quien tenía un arte que trascendía, dice el autor, aunque su belleza se encontraba escondida en su arrojo dramático.

En 2005, el Doctor Pérez Romo publicó, por primera vez, un hermoso libro taurino, junto con el gran torero del Barrio de Triana de Aguascalientes, Alfonso Ramírez “el

4 Alfonso Pérez Romo, *Testimonio de unos días*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 1999, p. 477.

Calesero”. El libro es una conversación, un diálogo, entre el aficionado y el matador de toros sobre diversos temas taurinos, teniendo como marco la experiencia del Calesero en su despedida del toreo de la afición aguascalentense, que va de la corrida celebrada en la Plaza de Toros San Marcos, el 13 de febrero de 1966, al domingo 20 de febrero de 1966, en que se retiró definitivamente del toreo en la Plaza de Toros México.

Es un libro muy bueno que enseña a ver los toros y a sentir el toreo; lleva por título *El aroma del toreo*. En este texto, expresión de una gran sensibilidad con relación a la Fiesta, manifestada tanto por el médico intelectual como por el torero, otra vez se llega a la profundidad de la filosofía en relación con el quehacer y al arte taurinos. Se enfatiza el toreo como “rito casi religioso”, “experiencia catártica colectiva” y como “expresión genuinamente artística”. *El aroma del toreo* es lo que permanece y trasciende de la Fiesta. Pérez Romo lo expresa así: “Sólo hay algo que permanece y trasciende. Es ese regalo divino que es depositado en algún elegido de vez en cuando; ese don que tiene: el ángel, la musa y el duende; ese algo no es otra cosa que el aroma del toreo”.⁵ En el diálogo con Pérez Romo, el Calesero explica cómo se ha manifestado en su vida ese don innato del *aroma del toreo*.

Sobre Rafael Rodríguez, Pérez Romo publicó un libro bellísimo, haciendo nuevamente filosofía sobre la tauromaquia: desde la ética y la estética, añadiendo en este libro una profunda reflexión sobre el misterio de la sacralidad. Vierte conceptos dignos de meditación, relaciona el toreo con la “intuición de lo trascendente” y el “sentido de lo sagrado”, dotes con los que nacemos los seres humanos; esto relacionado con el valor y la belleza de la vida y el misterio de la muerte, presentes siempre en el toreo. Dice que el público debe estar abierto “a la percepción de lo trascendente, como condición para cuando se dan los otros dos elementos indispensables: el

5 Alfonso Pérez Romo, *El aroma del toreo*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2022, p. 47.

toro auténticamente bravo y el torero que despliega ante sus ojos el drama del desasosiego que nos conturba ante la presencia de lo desconocido y ante la fatalidad de la muerte”.⁶ Don Alfonso aplica esto a Rafael Rodríguez y su toreo: “[...] fue una gran figura del toreo que provocaba las más grandes emociones del alma mientras toreaba; que nos unía misteriosamente con todos los hombres de todos los tiempos, en la absorta angustia desnuda que sentimos ante la fatalidad de la muerte y la esperanza de la resurrección”.⁷

Gracias al Doctor Pérez Romo, gracias a don Alfonso, por su amistad y por su sabiduría generosamente compartida. Gracias por sus enseñanzas de vida y sus enseñanzas taurinas.

6 Alfonso Pérez Romo, *Rafael Rodríguez. El sentido profundo del toreo*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2014, p. 68.

7 *Ibidem*, p. 71.